

Manuel Ugarte  
Un huésped ilustre: Vicente Blasco Ibáñez y Buenos Aires  
(*Papel y tinta*; cf. *El Pueblo*, 15-3-1909)

En mayo próximo tendremos en Buenos Aires a Blasco Ibáñez, indiscutiblemente el mejor prosista de nuestra época

Rara vez se encuentran reunidas en un solo hombre la sensibilidad exquisita del artista y el ancho gesto del orador popular.

Parece que lo que se gana en delicadeza de percepción se pierde en energía y en carácter. Los grandes filósofos, novelistas y poetas, que nos encantan y nos seducen con sus creaciones, han sido casi siempre incapaces de coordinar en público dos palabras. En cambio, los oradores poderosos que arrebatan a las multitudes, carecen por lo común de la sentimentalidad indispensable para hacer arte escrito. Parece que sea el hombre como una balanza. Ganar en un sentido es perder en otro. Ser a la vez filósofo y caudillo, poeta y hombre de Estado, teórico y ejecutor, resulta casi imposible. De ahí el asombro, la estimación y el cariño que nos inspira la figura de Vicente Blasco Ibáñez. En él se reúne todo. Novelista, polemista, tribuno, hombre de acción, que con el libro, con el periódico, con la palabra, con el gesto, es un gran distribuidor de sentimiento, de razón, de entusiasmo y de justicia. Es el hombre integral, tal cual lo concebimos en nuestra imaginación.

Algunos le reprochan de esa universalidad de espíritu, acostumbrados a los hombres monocordes, especialistas y fragmentarios que no tienen más que una función y un gesto, les sorprende que puedan existir en un mismo individuo tantas y tan diferentes aptitudes. No sospechan que en la sociedad de mañana, cuando consigamos desarrollar libremente toda nuestra actividad y vivir a plenos pulmones, esto que hoy resulta excepción, será, con mayor o menor intensidad, la regla. Confinarse en un solo género de labor es vivir parcialmente. El ser humano debe tener el espíritu siempre despierto, interesarse por todo, opinar sobre lo que le circunda, sentir, ver, comprender, amar a la naturaleza entera y expresar su pensamiento, su sensibilidad o su pasión en las formas que le parezcan pertinentes, haciendo flotar en todo sitio y circunstancia el pabellón de su personalidad.

Blasco Ibáñez, llevado por su carácter altruista, ha distribuido sus riquezas intelectuales a todos los vientos, ha dejado su huella en todas partes, ha entrado y salido por todas las puertas de la vida.

La extrema movilidad de su carácter y su inquietud de espíritu le dan una facilidad de improvisación que deslumbra.

Escribe como nosotros conversamos. De ahí la frescura y el encanto de esas páginas inolvidables de *La barraca*. De ahí la fraternidad, la *camaraderie* que se establece enseguida entre el lector y el autor. Parece que se nos estuviera contando una historia entre dos cigarrillos ante una mesa del café. Y en estos tiempos en que el hombre, libertado de los esnobismos torpes, vuelve a la sinceridad y a la naturaleza, esa franca y comunicativa claridad es el mejor mérito que puede lucir un hombre como Blasco Ibáñez.